

## **Los tres pelos de oro del diablo**

Había una vez una pobre mujer que dio a luz a un niño y como éste viniera envuelto en la piel de la fortuna, le fue pronosticado que al cumplir los catorce años se casaría con la hija del rey.

Sucedió que muy poco después el rey llegó al pueblo, pero como nadie sabía que era el rey, cuando preguntó a la gente qué novedades había, le contestaron:

-En estos días ha nacido un niño con la piel de la fortuna; todo lo que emprenda alguien que ha nacido envuelto en esa piel, le significará dicha. Se le ha vaticinado que al cumplir los catorce años se casará con la hija del rey.

El rey, que tenía mal corazón, se inquietó al oír esa noticia. Fingiendo amabilidad les dijo a los padres del niño: Humildes gentes, déjenme a su hijo, que yo velaré por él.

Al principio se negaron, pero cuando el desconocido les ofreció oro en abundancia, pensaron: "Es un niño afortunado. Será dichoso". Así que finalmente consintieron y le entregaron al niño.

El rey lo puso dentro de una caja y así cabalgó hasta llegar a un profundo lago, donde echó la caja al agua, pensando:

"De este pretendiente he salvado a mi hija".

Sin embargo, la caja no se hundió; por el contrario, flotó como un barquichuelo, sin que le entrara ni una gota de agua.

Siguió flotando hasta que se aproximó a un molino, en cuya presa quedó enredada. Afortunadamente había allí un aprendiz de molinero que, al verla, la atrajo hacia sí con un gancho, creyendo que en su interior iba a encontrar grandes tesoros, pero al abrirla encontró en ella, vivo y sano, a un lindo niño. Lo llevó a los molineros, y como ellos no tenían hijos, se alegraron mucho, diciendo:

-¡Dios nos lo ha enviado!

Lo criaron con mucho cuidado y el muchacho creció adornado de todas las virtudes.

Sucedió una vez, durante una tempestad, que el rey buscó refugio en el molino y preguntó al matrimonio si el muchacho era hijo suyo.

-No, es un expósito que vino flotando en una caja que se enredó en la presa hace catorce años.

De este modo el rey se dio cuenta de que el muchacho no era otro que el niño afortunado que él había arrojado al agua y dijo:

-Buenas gentes, ¿no podría el muchacho llevar una carta a la reina? Le daré por ello dos monedas de oro.

-Será como el rey ordene -dijo el molinero y ordenó al joven que se preparara.

Entonces el rey escribió una carta a la reina, en la que decía: Tan pronto llegue el muchacho con esta carta, ha de ser muerto y sepultado, y todo antes de mi regreso.

El muchacho se puso en camino con la carta, pero se extravió y ya de noche se encontró dentro de un gran bosque. Viendo una pequeña luz en la oscuridad, se encaminó hacia ella y llegó a una casita. Al entrar vio a una anciana sentada junto al fuego. Asustada al ver al muchacho, dijo:

-¡Pobre muchacho! Has llegado a una guarida de ladrones, y cuando lleguen te matarán.

-Venga quien venga, yo no tengo miedo, sino tanto sueño que no aguanto ya de pie.

Y echándose sobre un banco, se durmió.

Poco después llegaron los ladrones y preguntaron quién era el muchacho que yacía allí.

-¡Pobre! Es un inocente muchacho que se ha extraviado en el bosque, yo lo acogí por compasión.

Tiene que entregar una carta a la reina.

Los ladrones abrieron la carta y supieron que el muchacho iba a ser muerto en cuanto llegara; entonces sus duros corazones se compadecieron y el que era el jefe, haciendo pedazos la carta del rey, escribió otra en su lugar, diciendo que, inmediatamente después de la llegada del joven debía ser casado con la hija del rey.

Lo dejaron tranquilo en su banco hasta la mañana siguiente y cuando despertó le entregaron la carta y le indicaron el camino que debía seguir.

Después de recibir la carta y de leerla, la reina hizo como se le ordenaba: mandó organizar una gran boda y la princesa fue desposada con el afortunado muchacho, que como era hermoso y gentil, ella se sentía muy dichosa.

Algún tiempo después el rey volvió a su palacio y se enteró de que el vaticinio se había cumplido.

-¿Cómo pudo pasar esto? -preguntó-.

En mi carta ordenaba algo muy distinto Entonces la reina le entregó la carta y le pidió que la leyera por sí mismo. Al verla, se dio cuenta de inmediato que había sido sustituida por otra. Preguntó, pues, al muchacho qué había pasado con la carta que le encomendara y por que había traído una diferente.

-Yo no sé nada de eso -respondió el muchacho-.

El cambio debió suceder cuando dormí en el bosque aquella noche.

Lleno de ira, el rey exclamó:

-No te será tan fácil. El que quiera tener a mi hija por esposa deberá traerme del infierno tres pelos dorados de la cabeza del diablo. Si me los traes como te ordeno, te quedarás con ella.

Con eso, el rey pensaba quitárselo de encima para siempre. Sin embargo, el muchacho afortunado respondió:

-Por supuesto que traeré los tres pelos del diablo. Yo no le tengo miedo.

Así, se despidió y se puso en camino. Su marcha lo condujo a una gran ciudad. Al llegar, el centinela lo interrogó acerca de su profesión y saber.

-Yo lo sé todo -respondió el muchacho afortunado.

-Si es así puedes hacernos un favor: dínos por qué la fuente de nuestra plaza del mercado, de la que antes manaba vino, se ha secado y ahora ni siquiera da agua.

-Espera mi regreso y lo sabrás -le contestó el muchacho afortunado.

Siguió caminando y pronto llegó a otra ciudad, donde el centinela le preguntó acerca de su profesión y saber.

-Yo lo sé todo -respondió el muchacho afortunado.

-Si es así dínos por qué un árbol de nuestra ciudad que antes daba manzanas de oro, ahora no echa ni siquiera hojas.

-Espera mi regreso y lo sabrás.

Y llegó a un gran lago que debía atravesar. El barquero le preguntó acerca de su profesión y saber:

-Yo lo sé todo -respondió el muchacho afortunado.

-Si es así, explícame por qué siempre tengo yo que ir y venir sin que nadie venga a relevarme.

-Espera mi regreso y sabrás -respondió el muchacho afortunado.

Una vez que hubo atravesado el gran lago, encontró la puerta del infierno. El interior era negro como el hollín, pero el diablo no estaba en casa. Sin embargo, la abuela estaba allí sentada en una mecedora.

-¿Qué quieres? -le preguntó, aunque su aspecto no era especialmente inquietante.

-Quisiera tres pelos de oro del diablo -contestó el joven- de lo contrario habré de renunciar a mi mujer.

-Es mucho lo que pides. Cuando el diablo regrese va a arrancarte el pellejo, pero me das pena, de modo que veré si puedo ayudarte.

Lo transformó en hormiga y le dijo:

-Métete entre los pliegues de mi falda, ahí estarás seguro.

-Muy bien -dijo el joven afortunado-, pero además quisiera averiguar tres cosas: por qué se ha secado una fuente de la que manaba vino y ahora ni siquiera da agua; por qué un árbol que daba manzanas de oro ahora ni siquiera reverdecen sus ramas y por qué un barquero ha de estar siempre remando de una orilla a otra sin que nadie vaya a relevarle.

-Esas son preguntas muy difíciles -respondió la mujer- pero quédate quieto, no despegues los labios y atiende a lo que dice el diablo cuando yo le arranque los tres pelos de oro.

Al anochecer el diablo regresó a su casa y en seguida notó que algo raro flotaba en el aire.

-A carne humana me huele aquí -dijo.

Luego miró en todos los rincones en busca de algo que al final no encontró.

La abuela le echó en cara su actitud:

-Acabo de barrer y de poner orden y llegas tú a revolverlo todo. Siempre llevas pegado en el olfato el olor a carne humana. Siéntate y cena.

Después de haber comido y bebido le entró sueño y recostó su cabeza en el regazo de la abuela, pidiéndole que le sacara unos cuantos piojos. Al poco rato se durmió, lanzó unos cuantos resoplidos y roncó. Entonces la vieja cogió un pelo de oro, lo arrancó y se lo guardó.

-¡Ay! ¿Pero qué haces? -se quejó el diablo.

-He tenido una pesadilla -dijo la vieja-. Y te he tirado de los pelos.

-¿Y qué has soñado? -preguntó el diablo.

He visto en sueños que en la plaza de un mercado había una fuente de la que manaba vino y de pronto se secó y no brotaban de ella ni siquiera unas gotas de agua. ¿Cómo se explica eso?

-¡Je, je, je! ¡Si lo supieses! Bajo una piedra de la fuente se ha metido un sapo; si lo mataran, el vino volvería a brotar.

La vieja abuela siguió sacándole piojos hasta que se durmió y echaba ronquidos tales que vibraban las ventanas.

Entonces, le arrancó el segundo pelo.

-¡Ay! ¿Pero qué haces? -preguntó el diablo.

-No te lo tomes a mal. Ha sido soñando.

-¿Y qué has soñado ahora?

-He soñado con un reino donde había un árbol que siempre daba manzanas de oro y al que ahora ni siquiera se le reverdecen las ramas. ¿Cuál puede ser la causa?

-¡Je, je, je! ¡Si lo supieses! -contestó el diablo-. Un ratón está royendo sus raíces; si lo mataran, volvería a dar manzanas de oro, pero si sigue royendo, el árbol se secará del todo. Pero déjame en paz con tus sueños; como vuelvas a molestarme, te soltaré un sopapo.

La vieja se tranquilizó un rato y siguió sacándole piojos hasta que se durmió y volvió a roncar. Entonces agarró el tercer pelo de oro y lo arrancó. El diablo se puso furioso, pero ella lo tranquilizó de nuevo, diciéndole:

-¿Qué se puede hacer contra las pesadillas?

-¿Qué has soñado ahora? -preguntó el diablo, movido por la curiosidad.

-He visto en sueños a un barquero que se quejaba porque nunca paraba de hacer un trayecto de una orilla a otra, sin que nadie acudiera a relevarle. ¿Cómo se explica eso?

-¡Je, je, je! ¡Pobre tonto! -contestó el diablo-. Sólo ha de poner los remos en las manos del primero que llegue para pasar a la otra orilla, entonces éste podrá atravesar el río y él se habrá librado.

Como la vieja ya le había arrancado los tres pelos de oro y había obtenido la respuesta a las tres preguntas dejó en paz al viejo ladino que durmió hasta que empezó a amanecer.

Cuando el diablo volvió a marcharse, la abuela devolvió al muchacho su figura humana.

-Aquí tienes los tres pelos dorados -dijo-.

Lo que el diablo respondió a las tres preguntas, ya lo habrás oído.

-Sí-dijo él- lo he oído y lo guardaré en la memoria.

-Así pues, no ha faltado nada.

Ahora puedes marcharte.

El joven afortunado agradeció a la anciana su ayuda tan oportuna y contento de que todo hubiera salido bien, abandonó el infierno.

Al llegar a la orilla del río, el barquero le exigió la respuesta prometida.

-Pásame primero al otro lado -dijo el muchacho- y luego te explicaré cómo arreglar tu asunto.

Cuando llegó a la orilla opuesta, le dio el consejo que había oído del diablo:

-Cuando venga alguien y quiera pasar, dale los remos.

Siguió caminando y llegó a la ciudad donde crecía el árbol infecundo y donde el centinela esperaba también la respuesta.

Él le aconsejó:

-Debes matar el ratón que roe su raíz; entonces el árbol volverá a dar manzanas de oro.

El centinela le dio las gracias y como recompensa le regaló dos burros cargados de oro.

Al fin llegó a la ciudad cuya fuente se había secado y allí repitió al centinela lo mismo que había dicho el diablo:

-Hay un sapo bajo una piedra dentro de la fuente; búsqüenlo y mátenlo, y entonces de la fuente volverá a manar vino en abundancia.

El centinela le dio las gracias y también le dio otros dos burros cargados de oro.

Por último el muchacho afortunado llegó a casa.

Su mujer se alegró mucho al verle y oír lo bien que había resultado todo.

Entonces llevó al rey los tres cabellos dorados que le había exigido.

Cuando éste vio los cuatro burros cargados de oro, se puso muy contento y dijo:

-Has cumplido las condiciones y puedes quedarte con mi hija.

Pero, dime ¿de dónde has sacado tanto oro?

¡Es un tesoro inmenso!

-Una vez crucé un río -respondió- y allí lo cogí. Se encuentra en la orilla, en vez de arena.

-¿Puedo ir a buscar yo también? -preguntó el rey codiciosamente.

-Por supuesto que sí -respondió el joven-.

Hay un barquero junto al río, le pides que te pase y entonces podrás llenar tu saco en la otra orilla.

El rey partió a toda prisa y al llegar al río le hizo señales al barquero de que lo pasara al otro lado.

Vino el barquero, lo hizo subir, y cuando llegaron a la orilla opuesta, dejó el remo en sus manos y salió corriendo.

Desde entonces, el rey ha tenido que remar y remar incesantemente de un lado a otro del río, como castigo justo a su maldad.

-¿Estará allá todavía?

-Sin duda, nadie le habrá quitado el remo...

